

GLOSARIO DE REVISTAS

La visión a través de los cuerpos opacos

Algunas publicaciones recientes hechas en diarios de la capital, han puesto de actualidad el asunto de la visión a través de los cuerpos opacos. El motivo directo de este interés es la propiedad, atribuida al joven español don Joaquín Argamasilla, de leer a través de hierro, madera u otros cuerpos. Como estas experiencias han sido objeto de diversas verificaciones y comprobaciones, ya por grupos de sabios españoles, ya por las autoridades policiales de Nueva York, tentaremos resumir en las líneas siguientes lo que se sabe al respecto.

El Marqués de Santa Cara, caballero aficionado a los estudios de espiritualismo y a las ciencias ocultas, reveló hace pocos años a algunos grupos de sus amigos que su hijo don Joaquín Argamasilla tenía la extraordinaria propiedad de ver a través de los cuerpos opacos. Según el señor Marqués, la primera revelación de la vis-

ta excepcional de su hijo se habría efectuado a la vuelta del teatro, después de una función de prestidigitación y adivinación del pensamiento. En la sala se habría leído la hora exacta—minutos y segundos— a través de las tapas metálicas de un reloj. En la casa del Marqués el joven Argamasilla habría realizado la misma suerte en idénticas circunstancias. También el joven prodigio habría conocido, en otra ocasión, el número y el palo de las cartas de la baraja de todos los jugadores sentados en torno a una mesa de juego, y efectuado otras experiencias que habrían comprobado su prodigiosa propiedad.

Desde entonces la casa del Marqués de Santa Cara se convirtió en el punto de reunión de todos los aficionados a ver el misterio lo más cerca posible. El joven Argamasilla realizó, entonces, algunas experiencias que sirvieron para comprobar su propiedad. «Los espectadores—leemos en uno de los artículos relativos al

asunto—eran invitados a meter en una de las varias cajas disponibles cualquier impreso que hubiese a mano o que trajeran consigo: un recorte de periódico, una tarjeta, un grabado, la hoja de un libro, etc. Se retiraban a una habitación contigua, para no ser vistos del operador, y depositaban un objeto de los mencionados en la caja metálica. Algunos ni siquiera querían leer lo que encerraban, para evitar la posibilidad de transmitírselo con el pensamiento al señor Argamasilla. Luego cerraban la caja con una llave o con un candado y la ponían en manos del supervidente. Previamente se le vendaban los ojos con un pañuelo, después de colocarle unos trozos de algodón en rama sobre los párpados, al parecer para mejor oprimirlos y para dar más aire maravilloso a la experiencia. El señor Argamasilla tomaba la caja, se arrimaba al hueco de la ventana, por donde entraba a raudales la luz solar—ya queda dicho que los ventanales de la casa daban al mediodía y ahora añadiremos que sólo en los días muy luminosos le era posible ver a través de los cuerpos opacos—; acercaba al rostro la caja o el reloj y los alejaba alternativamente, diciendo que buscaba su enfoque; algunas veces se declaraba vencido; su padre y los circundantes le animaban entonces a proseguir, y al cabo

de algunos minutos, que variaban entre dos y diez, leía el escrito, encerrado en la caja o la hora del reloj.

Esta es la relación fría, escueta, de los hechos que han dado base para suponer en el joven Argamasilla la existencia de una supervisión de caracteres excepcionales. En España las experiencias fueron observadas por hombres de ciencia prestigiosos como Torres Quevedo, Blas Cabrera, Gimeno, etc. El último de los nombrados sirvió al joven Argamasilla y a su padre de introductor en el mundo de la «ciencia» metapsíquica que funciona en París, bajo la dirección suprema del doctor Richet. En la capital francesa se realizaron nuevas experiencias y el joven Argamasilla fué saludado con emoción por el fundador de la Metapsíquica y citado luego en numerosas publicaciones de la pseudociencia. Poco después, en pleno auge de su fama como supervidente, el joven Argamasilla fué, siempre acompañado de su padre el Marqués, a los Estados Unidos. Allá no fué recibido por los hombres de ciencia, tal vez porque ellos, en la acepción que en Francia se da a este término, abundan menos; sino por los funcionarios de la policía. Entre éstos figura en primera línea el antiguo prestidigitador Houdini, que durante algunos años llamó la atención del mundo con sus extra-

ordinarias experiencias. Actualmente Houdini sirve de perito a la policía de Nueva York para investigar el grado de habilidad y de superchería que hay en las experiencias de los prestidigitadores y prodigios profesionales que llegan a los tablados de Nueva York. «El contralince Houdini—leemos en el artículo que nos informa sobre la materia—observó al señor Argamasilla y luego publicó sus impresiones en un folleto que tenemos a la vista. Sus conclusiones son las siguientes: primera, que el señor Argamasilla se coloca los algodones, no sobre los párpados sino sobre las cejas, de suerte que le sirven de sostén para que la venda no le cierre los ojos y le deje, al contrario, una línea de visión casi vertical; segunda, que el señor Argamasilla dirige su vista a la arista por donde se cierra la caja y con el pulgar levanta la tapa por uno de los extremos, lo que es bien fácil tratándose de un metal flexible, de modo que deja abierto un intersticio suficiente para ver en el fondo fuertemente iluminado de la caja y leer lo que allí se deposita; tercera, que colocado jun-

to al hombro del señor Argamasilla pudo observar cómo habría levemente la tapa del reloj, oprimiendo con habilidad el botón de la cuerda; y cuarta, que invitado el señor Argamasilla a experimentar en una caja preparada por Houdini, que la había cerrado herméticamente y precintado, el supervidente se negó a esta prueba. El folleto de Houdini contiene algunos dibujos explicativos, y tanto los gráficos como el texto dejan una impresión convincente en el lector desapasionado».

La vuelta del señor Marqués de Santa Cara y de su joven hijo al solar español no debe haber sido muy feliz. Houdini, más amigo de la realidad que aquéllos, supo descubrir el fácil truco que se ocultaba en los fenómenos de supervisión del joven Argamasilla. En nuestras tierras, más ingenuas, con más lastre de inquietud y con un extraño apego a todo lo que sea obscuro e incomprendible, no es raro que haya quienes creen ver algo de sobrenatural y de misterioso en lo que no es sino un vulgar truco de escenario.—S.